



CRÍTICA DE TEATRO

«El Alcalde de Zalamea»

La compañía Nacional de Teatro Clásico Español visita nuestro país para mostrarnos dos de sus mejores producciones desde su formación en 1968: «El alcalde de Zalamea», de Calderón de la Barca, y «El vergonzoso en palacio», de Tirso de Molina. La muestra fue organizada especialmente por el Ministerio de Cultura de España, en el contexto de las celebraciones del quinto centenario del descubrimiento y conquista de América.

La presentación de «El alcalde de Zalamea», por la Compañía Nacional de Teatro Clásico, nos pone en contacto con una de las obras más trascendentes de la historia del teatro, en una puesta en escena de gran finura y con un estilo puro, que resalta el lenguaje y la actuación por sobre cualquier otro efecto teatral. Se trata de una interpretación fiel a los principios propuestos por la compañía: la recuperación de la clásica. En este sentido, su propuesta mantiene una relación inequívoca con el espíritu de la obra de Calderón.

Según Dámaso Alonso, en «El alcalde de Zalamea», se encarnaron los caracteres humanos más fuertes de todo el teatro del Siglo de Oro. Tal fortaleza es el reflejo de los grandes valores que esos personajes encarnan, en especial el del honor, lo que Calderón privilegia en esta obra. El conflicto central se presenta a raíz de la ofensa de la cual es víctima Pedro Crespo, cuando don Álvaro rapta a su hija Isabel. La oposición de valores que lleva a la transgresión del código del honor alcanza una intensidad que mueve a uno de los planteamientos morales —drásticamente ilustrado— más notables de la historia del teatro.

En «El alcalde de Zalamea», se identifican los valores supremos de la sociedad del Siglo de Oro español: la fe cristiana, el servicio al rey y el honor. Este último es un concepto que prevalece no solo en la dramaturgia española de la época, sino también en el teatro isabelino y alemán. Desde esta perspectiva han de entenderse los innumerables dramas de venganza escritos entonces.

Todos ellos apelaban a una misma causa: la recuperación del honor perdido y el castigo por la ofensa. Este concepto —difícil de entender para el hombre moderno que ha desplazado su escala de valores hacia otra dirección— fue durante los siglos XVI y XVII central en la vida social y también espiritual del hombre.

Para Calderón de la Barca, el hombre es honorable por el hecho de existir, el honor en este sentido se entiende como una cualidad metafísica, inherente a la persona humana que no depende de la realidad externa, ni se trata de una convención social más. El código de honor, además, establecía que la deshonra de cualquier persona se extendía a la de toda su familia. En «El alcalde de Zalamea», la deshonra de Isabel trae consigo la de Pedro Crespo, su padre, y la de Juan, su hermano. Será el deber, tanto del padre como del hermano, recuperar el honor perdido y apelar a la justicia o en su defecto a la venganza.

En la historia de la hija deshonrada y el padre que reclama justicia, Calderón enfrentó, también como tema relevante, las disyuntas perspectivas frente al honor originadas por el rango social. Mientras el capitán asume que su superioridad jerárquica le confiere honores especiales, como la de transgredir el honor de una villana, Pedro Crespo defiende su condición y sus principios: «Al rey le hasiende y la vida se ha de dar; pero el honor es patrimonio del alma, y el alma sólo es de Dios». Estas apuestas son la base del contenido moral y dramático de esta obra, cuyo lenguaje poético convier-

te a cada personaje en un portador de poderosas imágenes, que contribuyen a exaltar aún más su grandeza. Lo barroco del discurso calderoniano, su forma particular de sobreponer las metáforas y comparaciones, hacen del texto una experiencia incomparable, que la presente adaptación de Francisco Bruns, uno de los más destacados poetas contemporáneos, conserva en plenitud.

La dirección de José Luis Alonso corresponde a una obra de interpretación muy sobria y a la vez moderna, de la obra de Calderón. Se resalta la amplitud de los espacios, el desenvolvimiento fluido de la acción y la fuerza del discurso dramático. Lenguaje y movimiento armonizan en un conjunto que seduce al espectador por su belleza y finura. Se trata de un trabajo muy cuidadoso de los distintos ritmos, secuencias, silencios, gestos y movimiento. Ello hace de cada escena un momento único e irreplicable.

Una escenografía móvil e imponente, compuesta casi exclusivamente por paneles de madera que simbolizan los límites de los distintos espacios, y el apoyo de una iluminación poderosa, confieren gran magnitud a esta puesta en escena. En este aspecto también contribuyen notablemente los vestuarios. Los diferentes trajes, que van desde el soldado hasta el gran señor, son muy hermosos. Diseños, colores y texturas se convierten en símbolo del rango de cada personaje y la vez, conforman un cuadro estético e histórico muy significativo. La sencillez del atuendo de Pedro Crespo es obviamente un signo de su manera de ser y su quehacer y, por el contrario, el traje de cuero de don Al-

varo inmediatamente nos ubica en su contexto social superior. Es importante destacar que estos se solo son signos de jerarquía, sino también elementos que otorgan gran plasticidad a esta producción.

Dentro de este numeroso elenco de más de treinta artistas, con trabajos individuales de mucha calidad y acrobacias grupales que se convierten en verdaderos cuadros de la época, sobresale la actuación de Jesús Puente, por la consistencia de su personaje, realmente conmovedor; una lección de naturalidad y verdad teatral, poco frecuentes en cualquier escenario. Por su parte, Miguel Valenzuela como Don Lope, Juan Giza como el capitán y Antonio Carrasco como Juan, realizan trabajos excelentes desde todo punto de vista: dominio del espacio, las emociones y el complicado texto del autor. Los desempeños femeninos, no obstante su buen nivel interpretativo, pasan por momentos planos, como por ejemplo el monólogo de Isabel interpretado por Adriana Quere, y algunas intervenciones de Resa Morales como la Chispa.

Es preciso resaltar algunas escenas de gran altura en el plano teatral, como por ejemplo la despedida de Pedro Crespo a su hijo, por la conmovedora, la discusión acerca del honor entre Don Lope y Crespo, por el vigor de sus puestas de vista, la imploración de Pedro Crespo a don Álvaro por la recuperación del honor de su hija, por su gran pacatismo, la entrada final del rey, por la grandiosidad de la escena. En todas ellas la emoción cede al espectador, involucrándolo en las pasiones humanas que se juegan la vida en esta obra.

La Compañía Nacional de Teatro Clásico Español nos ofreció un espectáculo impresionante por la belleza del texto de Calderón y la sociedad y finura del montaje. Su visita ha significado para nosotros también la recuperación de los valores universales de los clásicos, que en este caso corresponden a la fuerza moral y el peso dramático de «El alcalde de Zalamea».

Carola Oyarzún L.

El alcalde de Zalamea [artículo] Carola Oyarzún L.

Libros y documentos

AUTORÍA

Oyarzún L., Carola

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El alcalde de Zalamea [artículo] Carola Oyarzún L.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)